

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN MIGUEL DE LOS SANTOS
VIVIENDO CON EL CORAZÓN DE JESÚS**

LIMA – PERÚ

**SAN MIGUEL DE LOS SANTOS
VIVIENDO CON EL CORAZÓN DE JESÚS**

**Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta**

**Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)**

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Sus padres e infancia.

En el convento.

Pobreza.

Obediencia.

Pureza de alma y cuerpo.

Humildad.

Carismas a) Éxtasis y levitaciones.

b) Don de consejo. c) Curaciones y milagros.

d) Profecía. e) Perfume sobrenatural.

f) Apariciones.

g) Conocimiento sobrenatural.

h) Visión del Niño Jesús.

Providencia de Dios.

El fuego del amor.

Cambio de corazón.

Última enfermedad

Milagros después de su muerte.

Sus restos.

Beatificación y canonización.

REFLEXIONES

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de San Miguel de los Santos es una vida carismática de primer orden. Tuvo muchos dones sobrenaturales. Quizás el más espectacular fue el del cambio de corazones, que está atestiguado por muchas personas dignas de fe, especialmente de su Orden. Un día se le apareció Jesús y, ante las ansias tan grandes que tenía Miguel de amar a todos con su Corazón divino, se lo hizo realidad. A partir de ese momento vivía con el Corazón de Jesús. Gracia que tuvo santa Catalina de Sena y algunos pocos más.

Era tanto su amor a Dios que se notaba externamente el calor de su pecho y, con frecuencia, pedía un poco de agua para refrescarse, porque le parecía ahogarse de tanto fuego interior. Hasta en lo más crudo del invierno iba vestido con la mínima ropa y dormía sin mantas, porque le sobraba calor de tanto amor que llevaba dentro.

También tenía éxtasis continuos, lo mismo confesando que predicando, oyendo una plática o celebrando misa. En cualquier parte y en cualquier momento se extasiaba. Le bastaba oír hablar del amor de Dios o de la gloria del cielo para quedar arrobado. Otros carismas fueron el de curación, de conocimiento sobrenatural, de profecía, perfume sobrenatural, etc.

Fue un hombre muy austero, hacía mucha penitencia y ofrecía todos sus dolores y sufrimientos por la salvación de los demás. Murió con 33 años, pero dejó una huella profunda, no sólo en las ciudades donde vivió, sino también en toda España y, a través de su Orden, en el mundo entero.

Quiera Dios que, si no somos capaces de imitarlo en sus penitencias, por lo menos tratemos de imitarlo en su gran amor a Dios. Pidamos a Jesús la gracia de tener un corazón lleno de amor, con los nombres de las personas a quienes hemos hecho el bien en este mundo, y que podamos mostrárselos al Señor como una corona de amor para su gloria.

Nota.- *Sum* se refiere al Sumario del proceso *beatificationis et canonizationis servi Dei Michaelis de Sanctis*, donde se encuentran los testimonios de quienes lo conocieron y que están recogidos en las ciudades donde vivió entre los años 1626-1629.

SUS PADRES E INFANCIA

Sus padres fueron Miguel Enrique Argemir y Monserrat Margarita Mitjana. Eran cristianos viejos, es decir, no recién convertidos. El padre fue dos veces consejero de la ciudad de Vich, donde vivían.

Iba todos los días a la iglesia a visitar la imagen de nuestra Señora de la Rotunda, que se venera en su iglesia de Vich, y era el primero en acercarse todas las mañanas a oír misa. Los sábados acudía también a las Completas que se cantaban en honor de la Virgen María.

Monserrat, aunque no frecuentaba tanto la iglesia como su esposo, era muy devota y ofrecía para el servicio de los altares algunos lienzos cosidos con sus propias manos. Tuvieron ocho hijos: seis varones y dos mujeres. De ellos, Mariana, Onofre y Juan murieron pronto y no llegaron ninguno a los cuatro años. Su madre les enseñaba a todos las buenas costumbres y las oraciones del cristiano. Su padre los llevaba al templo de la Rotunda a las Completas de los sábados y sucedió alguna vez que, por el mal tiempo, faltaban los capellanes y el papá con los niños y los pocos asistentes rezaba y cantaba las Completas.

Miguel nació en Vich (Cataluña) el 29 de septiembre de 1591. Le pusieron en el bautismo los nombres de Miguel Jerónimo José. Miguel por el día de nacimiento; Jerónimo por ser bautizado el día 30, fiesta de san Jerónimo; y José por ser sus padres muy devotos de este santo.

Su madre murió el 31 de enero de 1595, cuando él tenía cuatro años. Su padre se hizo cargo de su educación en unión con sus hermanos. Cuando todavía Miguel no tenía seis años, resolvió irse de ermitaño y convenció a dos compañeros para que lo acompañaran al monte Monseny de las afueras de la ciudad. Uno de los dos acompañantes, Antonio Marfa, pensando en sus padres, se sintió mal y se regresó a casa. Los otros dos continuaron su camino. Llegaron a la montaña y entraron en una cueva donde había sabandijas y otros animalitos. Tuvieron miedo y buscaron otra. Encontraron dos que parecían preparadas para ellos, porque cada una tenía el nombre de su santo.

Pero el otro niño, que había regresado, publicó dónde estaban y los papás de los dos valientes corrieron a buscarlos. El padre de Miguel lo encontró de rodillas llorando y, al preguntarle el porqué, dijo que por la pasión de Jesucristo.

Miguel continuó en su casa haciendo oración y penitencia por amor a Jesús. A los siete años ya le permitieron hacer ayunos durante la mitad de la Cuaresma.

Eufrosina, la empleada de la casa, le preguntaba para qué hacía tanto ayuno; y él respondía: *por amor a nuestro Señor y para alcanzar el perdón de mis pecados*. Ya en ese tiempo usaba una cruz de madera que tenía clavos en los extremos y que él mismo se había hecho. Un día Eufrosina lo llevó a una viña con sus otros hermanos. Él se alejó de todos y se arrojó a unas zarzas para ofrecer al Señor esos dolores. Al echarle de menos, lo buscaron y lo encontraron allí. Les dijo que lo había hecho por amor a Dios.

Su padre hizo que estudiase gramática. Miguel era estudioso y, cuando no estudiaba, iba a la iglesia a rezar. A veces conseguía que fueran a su casa sus amigos y allí les hacía rezar en su oratorio. Desde niño ya quería ser religioso y pidió entrar en algunos conventos de la ciudad, pero en todos le decían que era menor de edad.

Cuando ya tenía unos ocho años, de nuevo tuvo la idea de volver a la montaña como ermitaño a hacer penitencia. Esta vez iba con él Antonio Marfa, quien la vez anterior había desertado, y otro compañero llamado Segismundo Viniés. Antes de ir a la montaña, decidieron pedir la bendición del Señor y de la Virgen en una iglesia, consagrándoles su pureza con voto de castidad perpetua.

Fueron a la iglesia de Santa Clara y allí los tres ofrecieron a Dios su pureza para siempre. A continuación se dirigieron contentos hacia su destino. A medio camino les salieron al encuentro tres varones venerables. Les preguntaron adónde iban. Respondieron que a la ermita de san Segismundo, que está en la montaña. Ellos les recomendaron que volviesen a su casa, porque se los podían comer los lobos. Después hablaron a solas con Miguel y le recomendaron que en su casa pusiera un haz de sarmientos bajo su cama y durmiera en ellos, teniendo por cabecera una piedra. Miguel creyó que eran ángeles, pues desaparecieron de repente.

A sus once años, Dios se llevó a su padre el día dos de noviembre de 1602. Antes de morir, llamó a sus hijos y les dio la bendición. Miguel quería ser religioso, pero su hermano mayor, Agustín, fue por todos los conventos de Vich a prevenirlos de que no lo admitieran. Y así encontró todas las puertas cerradas. Quedó a cargo de sus tíos como tutores y siguió en su casa, haciendo penitencia y durmiendo sobre los sarmientos.

El tío que hacía las veces de su padre, para apartar de su mente la idea de ser religioso, lo puso a trabajar de vendedor en la tienda de telas de Pedro Sellers y Pedro Carcer, pero parece que no servía para vendedor y, como lo veía más preocupado de hacer sus devociones que del negocio de telas, lo maltrataba de palabra y obra.

Un día estaba orando en una capilla de Nuestra Señora y ofreciendo sus penitencias por su padre, por si estaba aún en el purgatorio, y éste se le apareció y le exhortó a que solicitara entrar de religioso. Parece que esto sucedió a los pocos meses de la muerte de su padre. Él, por su parte, inspirado por Dios, se fue a Barcelona, porque allí había más conventos. Se fue sin permiso alguno con unos dinerillos que le dio un amigo antiguo de sus padres.

Al llegar, una buena mujer, viendo al niño con semblante pensativo, lo llamó y le hizo entrar en su casa, dándole alojamiento. Al amanecer, él preguntó por la iglesia más cercana y fue a la del convento de la Santísima Trinidad. Frecuentó esta iglesia orando devotamente y ayudando en las misas. Tenía todavía once años, cuando lo aceptaron en este convento de los padres trinitarios.

EN EL CONVENTO

Vistió el hábito trinitario en agosto de 1603, cuando iba a cumplir los doce años. Cuando estaba de novicio en Barcelona, amaba tanto al Santísimo Sacramento que pidió permiso y lo obtuvo para poder ayudar como acólito en las misas; y lo hacía de tal manera que parecía un ángel. Los seculares, tanto hombres como mujeres, se alegraban de verlo ayudar a misa. Un día alguien le preguntó qué sentía en su alma cuando veía al Santísimo en la elevación. Dijo que *sentía un gran gusto y gozo en el alma... Y siempre que pasaba delante del Santísimo, aunque fuera mil veces, siempre se arrodillaba*¹.

En el convento continuaba haciendo sus penitencias y ayunos en la medida en que se lo permitían. Después de dos años en el noviciado de Barcelona, lo destinaron a continuar su noviciado al convento San Lamberto de Zaragoza; y allí fue en febrero de 1606, con 14 años. La profesión la hizo el 30 de septiembre del año 1607. Al día siguiente cumplía los 16 años de edad.

Tres meses después de haber profesado, llegó a ese convento de san Lamberto fray Manuel de la Cruz, trinitario descalzo, que desde el convento de Pamplona venía a ordenarse de sacerdote de manos del arzobispo de Zaragoza. Miguel no conocía la reforma de la Orden trinitaria y se informó bien de la vida austera que llevaban².

¹ Sum p. 39.

² San Juan Bautista de la Concepción, que vivió entre los siglos XVI y XVII, fue quien reformó la Orden trinitaria y fundó los trinitarios descalzos. Esta reforma fue aprobada por el Papa Clemente VIII en 1599. Nuestro Miguel de los Santos entró a formar parte de esta reforma trinitaria después de haber vivido como trinitario calzado, más de cuatro años.

Miguel sintió que Dios lo llamaba a ser trinitario descalzo y pidió su ingreso. Su provincial, trinitario descalzo, le dio permiso para serlo y en enero de 1608 partió al convento de Pamplona para comenzar la nueva vida, más austera y penitente. Recibió el hábito de trinitario descalzo el 28 de enero de 1608 y, desde ese día, se llamaba ya fray Miguel de los Santos. Lo enviaron a hacer el noviciado al convento de Madrid y aquí conoció al reformador san Juan Bautista de la Concepción, que era provincial. El 29 de enero de 1609 hizo su profesión como trinitario descalzo con gran alegría de su alma.

En una ocasión, en Madrid, estaba el siervo de Dios oyendo una prédica en la iglesia de la Compañía de Jesús. El predicador habló sobre el cielo y, casi de inmediato, cayó en éxtasis. Trataron algunas personas de cerrarle los brazos que tenía en cruz y no pudieron, a pesar de intentarlo tres o cuatro personas de fuerza. Otro día estaba el siervo de Dios con este testigo y no quiso entrar a oír una prédica, porque decía que debía tratar el predicador sobre la gloria. Y dijo así: *No deseo que me suceda otra desgracia (caer en éxtasis) como el otro día* .

De Madrid, ya profeso, lo enviaron al convento de Solana, en el campo de Montiel. Viviendo en el convento de Solana, estaba en una ocasión en el campo con la comunidad y tratóse el tema del amor de Dios. Al oír esa plática, se enfervorizó de tal modo que, dando voces y levantando los brazos en alto, se enajenó los sentidos y empezó a correr. Teniendo pocas fuerzas, saltó dos tapias para entrar al convento sin caer ni tropezar y rompió por un cebadal tan espeso que un caballo brioso lo hubiera hecho con dificultad; y no paró hasta llegar delante del Santísimo Sacramento donde se detuvo un poco y luego se retiró a su celda. Lo siguió fray Marcos de San Jerónimo y lo encontró en su celda tendido en cruz en el suelo, con los ojos puestos en el cielo, el pecho descubierto muy encendido y levantado más de lo normal; y el corazón le daba tales golpes y saltos que desde lejos se reconocía ³ .

En Solana llevaba casi un año, cuando llegó el provincial, padre Francisco de Santa Ana, sucesor del beato Juan Bautista de la Concepción, y se lo llevó a Sevilla para que el padre Mata, conocido por su discernimiento de espíritus, lo examinara a ver si sus dones extraordinarios eran de Dios. Después de haberlo examinado por algunos meses, dijo que fray Miguel era una de las almas más puras que había tratado en su vida y que sería uno de los hombres más excelentes en santidad ⁴ .

Un día, inmediatamente después de comulgar, salió dando voces y corriendo por medio de la iglesia. No se detuvo hasta llegar a la puerta del

³ José de Jesús María, *Vida del fray Miguel de los Santos*, Salamanca, 1688, pp. 63-64.

⁴ Sum p. 23.

convento y daba saltos y voces, diciendo: *Ola, ola*, sin explicar nada más. Al preguntarle por qué no se controlaba, respondió que era tanto el fuego que tenía que, si no hacía eso, reventaría. Esto ocurrió en la Solana ⁵.

Allí estuvo poco tiempo, pues lo enviaron al Colegio, convento de estudiantes de Baeza, donde estuvo tres años, estudiando filosofía. Siendo corista en Baeza, el padre Superior, Pedro del Espíritu Santo, lo envió una noche a velar a Antonio Ruiz de Navarrete, que estaba muy enfermo y tenía pocas esperanzas de vida. El siervo de Dios estuvo toda la noche con el enfermo, le impuso dos veces las manos sobre la cabeza, rezando el padrenuestro, y el enfermo se curó ⁶.

En 1614 lo pasaron a Salamanca para estudiar teología. Uno de sus profesores era el gran agustino, padre Antolínez, profesor de dogmática de la universidad de Salamanca y, más tarde, arzobispo de Santiago de Compostela. Uno de los días, estaba explicando el tratado de la Encarnación. Miguel se emocionó y dio tres grandes saltos, levantándose una vara sobre los demás compañeros de clase. El padre Antolínez, al verlo extasiado, exclamó: *Cuando el alma está llena del amor de Dios, difícilmente puede esconderlo* ⁷.

En tiempo de carnavales, quiso hacer algo para desagraviar al Señor por los pecados que se cometen en esos días. Con algunos compañeros pidió permiso al Superior y, con el padre Marco a la cabeza, salieron por la ciudad haciendo penitencia. Por delante iba un compañero con un gran crucifijo; y los demás se azotaban. Uno llevaba una calavera. Miguel iba con una mordaza en la boca, cilicios en las sienes y un crucifijo en una mano. Al llegar a la plaza de San Juan, el padre Marco se puso a predicar (era el único sacerdote entre ellos) y, en lo mejor de su prédica, Miguel dio un grito y se quedó extasiado. Así permaneció un cuarto de hora, mirando el gran crucifijo. Esto emocionó tanto a los que lo vieron, que lloraban compungidos ⁸.

Su confesor afirma que, cuando lo conoció, siendo corista no sacerdote, al comulgar, salía corriendo al huerto del convento la mayor parte de las veces, gritando y abrazándose a un árbol o a otra cosa. Y allí estaba con la cara encendida por mucho tiempo ⁹.

En una ocasión, antes de ser sacerdote, queriendo comulgar, era tanto su deseo que, al volverse el sacerdote para decir *Domine non sum dignus* (Señor, no soy digno), el siervo de Dios hizo unos gestos, como si quisiera quitarle al

⁵ Sum p. 38.

⁶ José de Jesús María, o.c., p. 307.

⁷ Proceso de Madrid, fol 77.

⁸ *Ibidem*.

⁹ Sum p. 44.

sacerdote el Santísimo con la boca. El sacerdote le dijo que, si no se calmaba, no le daba la comunión. Y respondió el siervo de Dios: *Yo estoy tranquilo*. Después de comulgar, se quedó sosegado con mucha alegría.

Concluidos sus estudios de teología en Salamanca, fue enviado a Baeza. Allí se encontraba, cuando fue ordenado sacerdote a finales de 1616. Estuvo varios años y fue vicario, confesor y predicador. En ese convento había algunos religiosos (al menos dos) que le acusaron de hablar mal de los Superiores, porque, al hacer la visita el Superior mayor, les llamó la atención y ellos creyeron que los había acusado el padre Miguel, acusándolo a su vez. Fueron creídos y, como el padre Miguel no quiso disculparse, aun siendo inocente, lo metieron en una habitación del mismo convento durante diez meses hasta que se esclareció el asunto. Lo admirable fue que nunca guardó rencor a los acusadores y los ayudó en todo lo que pudo como muestra de su sincero perdón.

Después de Baeza estuvo en otros conventos como Valdepeñas, Toledo, Córdoba, Granada y Socuéllamos, dando en todos ejemplo de santidad.

POBREZA

Vivía pobremente, sólo tenía un hábito viejo y remendado. En su celda sólo había una cruz de madera, una calavera, una imagen de Nuestra Señora, unos libros para predicar y una pileta para el agua bendita; por cabecera tenía un pedazo de madera y por cama dos tablas, con una mesita pequeña y un taburete sin respaldo.

Algunas personas querían hacerle un hábito nuevo a cambio del viejo, que lo querían para reliquia, y él no aceptaba. Una vez le hicieron uno nuevo, pero primero se lo dio a otro religioso para usarlo y, cuando ya estaba gastado, lo cambió por el suyo; porque ser pobre e ir por la calle con hábito nuevo no le parecía bien. Al final de su vida tuvo que aceptar por obediencia una cama para dormir y una manta vieja. No conocía el valor del dinero. Cuando viajaba solo, presentaba el dinero al posadero para que se cobrara, porque no sabía diferenciar entre reales o ducados, cuartos u octavos.

Todos los religiosos tenían dos hábitos, él solo tenía uno y de sayal grueso, por amor a la pobreza. Cuando debía lavarlo, pedía otro prestado. Tenía una pluma para escribir y, cuando debía cortarla, tenía que buscar a alguien que se lo hiciera. Además escribía las cartas en medio folio para ahorrar papel.

Un día regaló una cruz de madera a una señora y ella le dio otra, que había sido hecha por el santo fray Diego de Alcalá. Él se alegró mucho de tener una

cruz hecha por un santo tan grande, pero al ver una pequeña añadidura de plata, no la quiso recibir, diciendo que no la podía llevar un religioso pobre ¹⁰.

En sus primeros años de trinitario descalzo no comió nada que hubiera sido puesto al fuego, excepto el pan. Solía comer algunas uvas o pasas o higos o tajadas de melón, alguna ensalada, verduras o frutas. En alguna ocasión, un poco de leche, pero muy pocas veces, porque le gustaba y, precisamente por eso, se abstenía de ella.

Hacía mucha penitencia, comía poco y se le veía flaco y macilento. Algunos compañeros lo acusaron al Superior para que comiera más. Él acudió al Señor y, desde ese día, el Señor le concedió un rostro fresco y rubicundo, dando la impresión de que comía buenos y abundantes alimentos ¹¹.

Uno de los testigos del proceso asegura que estuvo viviendo con él tres años en el convento de Sevilla y afirma que sólo comía cada dos o tres días y sólo una vez al día. Normalmente nada cocido, sino algunas hierbas o frutos. Nunca bebía vino y muchos días se pasaba sin beber agua ¹².

Los religiosos se admiraban de cómo, comiendo tan poco, pudiera vivir y tener el rostro tan bueno y presentable, como si comiese mucho ¹³.

Un día le aseguró a uno de sus compañeros del convento que llevaba tres meses sin beber agua ni otra bebida, a pesar de estar en pleno verano ¹⁴.

Realmente era muy penitente y Dios no se dejó ganar en generosidad y le concedió muchas gracias y carismas.

¹⁰ Sum p. 106.

¹¹ Sum p. 127.

¹² Sum p. 123.

¹³ Ibidem.

¹⁴ Sum p. 125.

OBEDIENCIA

Estando el siervo de Dios en la villa de Mármol, llegó el día en que los Superiores le habían ordenado regresar al convento y no fue posible retenerlo a pesar de que este testigo le aseguraba que tenía orden de sus Superiores de tenerlo los días que quisiese. Quiso regresarse a pie, porque le retenían el caballo. Regresó para cumplir la voluntad de sus Superiores. Era tanta su obediencia que, si el Superior le mandaba comer algo que le hacía daño, lo comía; así le pasó un día que le mandaron comer garbanzos. Y este testigo le oyó decir que los religiosos eran tan santos cuanto obedientes ¹⁵.

En otra ocasión, estaba con otro compañero pidiendo la limosna del grano y el padre Superior mandó que su compañero regresara al convento. Él pensó que el Superior deseaba que volvieran juntos y regresó, a pesar de que le dijeron que tenían permiso del provincial para retenerlo en casa de Alfonso de Carbajal el tiempo que desease ¹⁶.

PUREZA DE ALMA Y CUERPO

A los seis años de edad hizo voto de castidad como se lo dijo el mismo siervo de Dios a este testigo y le aseguró que en toda su vida no había padecido los estímulos de la carne, ni había tenido pensamientos deshonestos ¹⁷. Esto lo confirmaron sus propios confesores.

Uno de ellos declaró que lo confesó muchas veces y que tenía escrúpulo hasta de las cosas más pequeñísimas. De ello concluye que el siervo de Dios nunca pecó mortalmente en su vida y que, en el tiempo que trató con él, era observantísimo de sus Reglas ¹⁸.

Una testigo del Proceso refiere que habló con el siervo de Dios varias veces de cosas espirituales y, viendo que se estimaba peor que todos, incluso que los demonios, le preguntó que le dijese cuáles eran sus mayores pecados; y él le contó su vida desde su infancia y los pecados que había cometido desde que tenía uso de razón. Le aseguró que el Señor le había dado tanta luz y conocimiento de su divina Majestad que, si le hubiera dado esas gracias a los demonios, serian mejores que él ¹⁹.

¹⁵ Sum p. 107.

¹⁶ Sum p. 108.

¹⁷ Sum p. 98.

¹⁸ Sum p. 28.

¹⁹ Sum p. 29.

*Este testigo confesó muchas veces al siervo de Dios y reconoce que nunca pecó mortalmente y ni siquiera cometió pecados veniales con malicia*²⁰.

Un sacerdote que lo confesó muchas veces en su vida y también en su última enfermedad, pudo asegurar que no tenía ni un pecado venial como materia de confesión. Y sobre su vida pasada, de la que él decía que era un gran pecador, nunca cometió un pecado mortal, ni venial deliberado; y lo mismo aseguran otros sacerdotes que lo confesaron²¹.

HUMILDAD

Su humildad se manifestaba en las pequeñas cosas de cada día. Cuando era Superior en Valladolid, era el primero en barrer, limpiar y hacer cualquier servicio humilde. En su última enfermedad, después de comulgar, pidió a sus religiosos que lo sepultaran sin hacerlo saber a nadie.

También ordenó que lo sepultaran en un lugar donde sepultan a todos los religiosos, que no invitaran a nadie, ni tocaran las campanas, ni abrieran las puertas hasta que no lo hubieran sepultado. Esto lo decía para huir de la pompa y aplauso de la gente²².

Escribió un tratado sobre la oración, titulado *La tranquilidad del alma*, que mostrándoselo al señor arzobispo de Santiago, que entonces era catedrático de Prima de teología de la universidad de Salamanca, dijo ser algo muy alto y supremo. Sin embargo, nunca quiso que se supiera que él era el autor²³.

Estando predicando en Úbeda el padre Juan de San Ángel, carmelita descalzo, sobre el amor de Dios que tenía la santa Madre Teresa de Jesús, el siervo de Dios cayó en éxtasis. Esto fue público y, después de comer, vinieron muchas personas a casa de esta testigo a hablar con él. El siervo de Dios, como era tan humilde, se sentía avergonzado y se fue a la mañana siguiente, aunque tenía permiso para estar ocho días y sólo llevaba dos²⁴.

²⁰ Ibidem.

²¹ Sum pp. 31-32.

²² Sum p. 137.

²³ Ibidem.

²⁴ Sum p. 19.

CARISMAS

a) ÉXTASIS Y LEVITACIONES

Los éxtasis le venían en cualquier momento, no dependían de él. A veces le sucedían celebrando la misa o confesando o rezando el Oficio divino o predicando; en esos éxtasis el Señor le comunicaba cosas particulares de Sí y de su gloria.

Algunos días se pasaba en éxtasis muchas horas; a veces un día entero, y se movía como una persona totalmente abstraída que sólo atendía a una cosa ²⁵.

Cuando estaba en éxtasis, quedaba insensible. Un día celebraba la misa en Valladolid y, estando en éxtasis, una de sus manos cayó sobre una vela encendida. Después de volver en sí, sintió la quemadura y tuvieron que curarle la mano por muchos días.

Una testigo oyó decir al padre fray Alonso de san Juan Bautista que, habiéndole preguntado qué veía en los éxtasis o raptos, como él los llamaba, el siervo de Dios respondió que era muy grande la luz y el conocimiento que Dios le daba y que, si en ese instante muriera, no le causaría novedad ver a Dios Nuestro Señor y la gloria ²⁶.

Otro testigo certificó que, cuando durante la misa caía en éxtasis, se quedaba con medio cuerpo totalmente echado hacia atrás y con los brazos en cruz, tocando apenas la tierra con la punta de los pies, lo que no podía ser natural, sino sobrenatural. La cara la tenía roja y encendida.

El día de la Ascensión del Señor hace siete u ocho años, estaba expuesto el Señor en el Santísimo Sacramento y todos los religiosos lo adoraban en la capilla mayor de la iglesia del convento. Después de estar expuesto el Santísimo un cuarto de hora, el padre Miguel se quedó en éxtasis y, pensando ciertas señoras que se iba a caer hacia atrás, le sostuvieron la cabeza por la parte del cerebro. Parece que la que eso hizo fue la señora María de Cabrera, mujer de Alfonso de Haro. Así estuvo él una media hora más o menos y, al volver del éxtasis, el Superior le mandó que entrara al convento; y así lo hizo, acompañándolo algunos religiosos ²⁷.

²⁵ Sum p. 42.

²⁶ Sum p. 35.

²⁷ Sum pp. 33-34.

Cuenta el padre Matías de la Madre de Dios que, leyendo Miguel en el coro de Baeza la lección octava del Oficio de San Martín, al llegar a las palabras *Jerusalén, que está en el cielo*, dio dos o tres gritos y quedó arrebatado durante más de veinte minutos, con un aspecto encantador, semejante a un hermoso ángel²⁸.

*Normalmente su misa duraba una hora, la mayor parte de ella en los "Memento" (acordándose de los vivos y difuntos). En ese tiempo se encendía su rostro y su cabeza. Por ello se conocía que el Señor le comunicaba gran fervor y amor. Y vio este testigo que siete u ocho veces dio un grito y se elevó en éxtasis, en una posición que naturalmente no podía estar mucho tiempo, ya que estaba sobre la punta de los pies y con los brazos abiertos en forma de cruz... Por eso considera que estas elevaciones y éxtasis eran milagrosos... Y cuando terminaba la misa, no quería hablar con nadie y se retiraba a dar gracias, estando así mucho tiempo hasta que lo llamaban para cualquier ministerio*²⁹.

Un día alguien lo vio celebrando misa y, al tiempo de la elevación del cáliz, se quedó en éxtasis con el cáliz en las manos, tocando tierra solamente con los pulgares de los pies. Temía que al volver en sí le sucediera algo; pero, al regresar, lo hizo sosegadamente como siempre³⁰.

Cuando estaba en Úbeda, hospedado en casa de don Alonso de Carbajal, celebraba misa en su oratorio a las tres de la mañana para que no le viesen sus éxtasis y para celebrar con más tranquilidad. Levantábase un paje a ayudarle y, cuanto se extasiaba, el paje se iba a dormir. A las seis de la mañana se levantaba don Alonso e iba al oratorio para hacerle volver en sí y ayudarle a acabar la misa³¹.

Una señora declaró que un viernes, asistiendo a su misa en Úbeda en una capilla de la iglesia de Santo Domingo, no sabe si era invierno o verano, pero hacía sol, en el momento en que alzó el Santísimo Sacramento en la elevación de la misa, vio que salía de la hostia consagrada un círculo blanco como la nieve, con mucho resplandor. El círculo de luz llenó de resplandores la cabeza, las manos y los pies del siervo de Dios y también la casulla y el altar. Cuando puso el Santísimo en el altar, todo desapareció³².

²⁸ Proceso de Madrid, fol 87.

²⁹ Sum p. 33.

³⁰ Sum p. 40.

³¹ José de Jesús María, o.c., p.125.

³² Sum p. 38.

*Otra vez, celebrando la misa el día de san Martín, estuvo elevado de tierra más de dos palmos y así estuvo una media hora. En otra ocasión le pasó lo mismo y estuvo así un cuarto de hora sin apoyar sus manos en ninguna parte*³³.

Un día de Jueves Santo, el testigo, que era sacristán, lo vio apoyado en una cruz pintada en el lugar del *De profundis* del convento de Valladolid, con los brazos en cruz y elevado de la tierra unos seis palmos³⁴.

Otro día en Valladolid, este testigo le pidió al padre Miguel que lo confesase y él lo llevó a su celda. Durante la confesión, cayó en éxtasis, elevado un palmo sobre el suelo. Así estuvo un cuarto de hora, a pesar de que el testigo lo tiraba de su hábito, a ver si volvía pronto en sí. Reconoció que el siervo Dios era un gran santo³⁵.

Una vez, estaba predicando el siervo de Dios en la iglesia de San Pablo de Valladolid. Este testigo estaba en la escalera del púlpito para que la gente no fuese a incomodarlo y poder defenderlo. El padre cayó en éxtasis. Tocó su cuerpo un poquito con su capa y el padre se dio la vuelta entera como si fuera de papel o lo moviese el viento³⁶.

Resumiendo, podemos decir que sus éxtasis y levitaciones eran señales claras del amor de Dios que llenaba su vida.

b) DON DE CONSEJO

Muchos testigos pueden asegurar que lo visitaban personas de alcurnia como el cardenal duque de Lerma, el presidente de la Cancillería, auditores, el obispo y otros señores nobles de Valladolid, buscando consejo y consuelo en sus graves problemas. Todos salían contentos³⁷.

Dice un testigo que *su esposa Fabiana Dorado tenía mucha melancolía y tristeza, causada por su intranquilidad interior. Estaba continuamente llorando y parecía que iba a perder el juicio... La llevó este testigo a visitar al padre Miguel, quien la confesó y quedó tan tranquila y libre de su aflicción de espíritu, que nunca más tuvo esa pena tan grande. Después de mucho tiempo le vinieron algunas penas, pero mucho menores y pudo superarlas. Siempre quedó*

³³ Sum p. 39.

³⁴ Sum p. 45.

³⁵ Sum p. 77.

³⁶ Sum p. 69.

³⁷ Sum p. 89.

*agradecida de los consejos y consuelos que le dio, creyendo que fue algo sobrenatural*³⁸.

c) CURACIONES Y MILAGROS

Un caballero de Calatrava, que vivía en Valladolid y se llamaba Manuel de Rosas Torres, estaba en cama con fiebres cuartanas. Lo visitó el siervo de Dios y el enfermo le manifestó su molestia por no poder asistir a un juicio que seguía en la Cancillería para defenderse. El siervo de Dios le dijo que, si era del agrado de Dios, le pediría que le diera a él la enfermedad para que quedara sano. Y así fue, pues el padre Miguel quedó enfermo de las cuartanas durante cuatro meses más o menos³⁹. Esto sucedió en la primavera de 1624.

*Con frecuencia le llevaban muchos enfermos para que los bendijese y muchos, después de recibir la bendición, se sanaban*⁴⁰.

*Otras veces, al visitar enfermos, le pedían que les rezase el Evangelio o que rezase, imponiéndoles las manos, y así se sanaban*⁴¹.

Bartolomé Otero estaba tan mal de salud por agudos dolores de estómago que parecía que iba a perecer en cualquier momento. Miguel le leyó los Evangelios, le impuso las manos sobre la cabeza y desapareció la enfermedad. De la misma manera curó a Isabel, la sirvienta del señor Benavides .

Algunos testigos del Proceso afirman que el padre Miguel, cuando era Superior en Valladolid y cuando estaba en Baeza, sanaba a los enfermos que encontraba en la puerta del convento con sólo darles la bendición.

Nuestro Señor le dijo un día a la piadosa Micaela de Cárdenas: *He dado a mi siervo Miguel las llaves de mi corazón. Por esto busca él en mi Corazón mis tesoros y los distribuye a quien quiere*⁴².

³⁸ Sum pp. 95-96.

³⁹ Sum pp. 79-80.

⁴⁰ Sum p. 80.

⁴¹ Ibidem.

⁴² Proceso de Baeza, fol 433.

d) PROFECÍA

El testigo afirma que su esposa Francisca Santos estaba malísima de una grave enfermedad. Ya le habían dado los últimos sacramentos y esperaba la muerte. Llegó el siervo de Dios y avisó que no se moriría de esa enfermedad y que morirían los dos a la vez. La enferma se curó y todos lo tuvieron por un milagro, pero, al año siguiente, se enfermó de nuevo. Fray Miguel murió el diez de abril y ella el doce, cumpliéndose así la profecía.

Este testigo certifica que *el siervo de Dios tenía el don de profecía, ya que cuatro o cinco meses antes de morir le dijo que iba a morir a la edad de Cristo. Y preguntándole por su edad, le respondió que tenía 33 años. “¿Entonces va a morir este mismo año?”. Y el siervo de Dios comenzó a sobarse las manos y a caminar a prisa sin responder y así sucedió*⁴³.

A Magdalena Navarrete de Baeza le aseguró que, en vez de casarse para lo que estaba dispuesta, se haría religiosa, como así fue.

Doña Juana de Vera estaba desahuciada en Baeza, la visitó el padre Miguel y le preguntó si quería morir. Ella le dijo que estaba en las manos de Dios. Él le respondió que no había de morir todavía y que se lo había pedido a Nuestro Señor. Comenzó a mejorar y sanó totalmente.

Trabajaba en la obra del convento de Valladolid un oficial de nombre Santiago y un día le dijo al padre Miguel que llevaban a enterrar a un hombre que había muerto de repente, pidiéndole que lo encomendase a Dios. Fray Miguel le respondió: *Primero morirás tú que ese hombre que dices que está muerto*. Así fue, ya que el que suponían muerto volvió en sí cerca de la sepultura y Santiago, estando aparentemente sano, la noche siguiente murió.

Esta testigo certifica que, *estando el siervo de Dios visitándola a ella y a su hermana en su casa, les manifestó que el Señor le había dado a conocer que moriría a los 33 años, siendo Superior de Valladolid; y así fue*⁴⁴.

*Dos o tres días antes que muriese el siervo de Dios, cuando todavía los médicos no veían en peligro su vida, mandó que fueran a buscar al padre Benedicto de la S. Trinidad, que era su confesor ordinario, porque iba a morir en brevísimo tiempo. Y así sucedió*⁴⁵.

⁴³ Sum p. 152.

⁴⁴ Sum p. 151.

⁴⁵ Sum p. 152.

e) PERFUME SOBRENATURAL

En una ocasión, por efecto de las heridas producidas por sus cilicios y disciplinas, salía de su cuerpo un mal olor y algunos religiosos lo acusaron al Superior. Tuvo que explicarle al Superior la causa del mal olor y que eso no le hacía grave daño ya que lo tenía de muchísimo tiempo. De nuevo sintieron el mal olor y lo volvieron a acusar. Él pidió al Señor su ayuda y, casi al momento, se curaron sus heridas, salieron unas costras y exhalaba un buen olor. Este buen olor lo sintieron muchas otras personas ⁴⁶.

La celda del siervo de Dios tenía un buen olor y hasta las llaves de su puerta tenían el olor de una exquisita fragancia. Algunas veces, para conocer de dónde provenía, buscaron por toda su celda la fuente de ese buen olor y nunca lo encontraron, atribuyéndolo a que era una gracia recibida de Dios, a pesar de que su celda estaba junto a los baños comunes, de donde normalmente sale mal olor. Además él solía quemar sémola para disimular ese buen olor ⁴⁷.

Este testigo fue durante tres años guardarropero en el convento de Valladolid, cuando el siervo de Dios era Superior. Tenía que hacerle hincapié al siervo de Dios para que se cambiase de hábito cada dos meses, al menos, y no encontraba diferencia entre la ropa que dejaba y la nueva; hasta tenía buen olor el hábito que dejaba ⁴⁸.

Esta testigo y su hermana limpiaron un hábito del siervo de Dios y sintieron una fragancia suavísima en el hábito y en el agua con que lo lavaron; lo que atribuyeron a cosa celestial ⁴⁹.

Estando el siervo de Dios en Baeza, este testigo pasó junto a su celda y sintió un olor suavísimo. Entró y no pudo saber de dónde procedía; más bien encontró una vasija llena de basura y no tenía mal olor. Ese buen olor salía también de su persona ⁵⁰.

⁴⁶ Sum p. 116.

⁴⁷ Sum p. 131.

⁴⁸ Sum p. 134.

⁴⁹ Sum p. 98.

⁵⁰ Sum p. 130.

f) APARICIONES

Después de su muerte se refieren muchas apariciones que constan en los procesos apostólicos, porque acontecieron antes que se hiciesen los procesos. Eran apariciones para consolar y también para curar enfermos.

g) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Es el conocimiento de ciertas cosas, que sólo pueden conocerse por revelación de Dios.

Mientras vivía en Baeza, había allí dos hermanas, Ana y Jerónima, terciarias de los trinitarios descalzos. Ana cayó enferma y Jerónima se puso a suplicar a Dios que les enviase ayuda, porque no tenían ni para comer. Al poco rato, se presentó Miguel con una gallina y una olla de comida, y le dijo a Jerónima: *Traigo esto para la enferma, porque Dios me lo ha mandado*. Nunca había estado en aquella casa ni sabía que allí había una enferma.

A Inés Antolínez, que fue a confesarse con él, le fue relatando todos sus pecados con admiración de la penitente, porque muchas de esas cosas sólo podía saberlas por revelación de Dios.

El padre Felipe de la Madre de Dios refiere que una mañana fue temprano a su celda para que le permitiera encomendar en la misa una gran necesidad que tenía. El padre Felipe le preguntó a qué se refería y bajo secreto le comunicó que su hermano Agustín había sido asesinado a puñaladas en Vich y quería celebrar la misa en sufragio suyo, ya que estaba sufriendo mucho en el purgatorio. También le pidió que, a las personas que fueran a comulgar, les encomendase esa intención sin decir cuál. Un mes después, asegura el padre Felipe, el padre Miguel recibió carta de su casa, anunciándole el doloroso suceso ocurrido el 8 de febrero de 1617 ⁵¹.

Una vez, estando en Sevilla orando en el coro con la comunidad, había dos jóvenes religiosos que desaprobaban varias cosas extraordinarias de Miguel. Al salir les dijo: *No juzguéis y no seréis juzgados*. Los jóvenes entendieron el mensaje y, al día siguiente, le pidieron perdón. Siendo Superior en Valladolid, conocía los sentimientos de sus súbditos como se lo confesó a uno de ellos que, por consejo suyo, se hizo cartujo ⁵².

⁵¹ Proceso de Madrid, fol 121.

⁵² Proceso de Valladolid, fol 317.

h) VISIÓN DEL NIÑO JESÚS

El baezano Juan Stefani afirma que acudió un día a consultar algunas cosas con fray Miguel a su convento y le fue a abrir el mismo fray Miguel. Entró en la portería y vio a un niño de dos años, hermosísimo, que se hallaba sobre un banco. A su vista quedó atónito y no pudo pronunciar palabra. Miguel se colocó a la izquierda del niño y preguntó a Juan qué se le ofrecía, pero éste, incapaz de hablar, se marchó sin decir palabra ⁵³.

PROVIDENCIA DE DIOS

El padre Miguel tenía mucha confianza en Dios y creía firmemente que lo ayudaría en cualquier necesidad. Veamos algunos ejemplos.

Su Superior, quiso agrandar la casa del convento, porque no alcanzaba para todas las necesidades. Sólo disponía de algunos reales y varios religiosos no estaban de acuerdo con este trabajo, porque el dinero era necesario para el sustento de la comunidad. El siervo de Dios lo animó a confiar en Dios, diciéndole que Dios proveería. *Al día siguiente de comenzar el trabajo, trajeron a este testigo mil quinientos reales de limosna y, a los pocos días, otros 500 ducados. Cuando había alguna necesidad, este testigo le mandaba al siervo de Dios que fuese al coro para pedir ayuda al Señor... Y, de acuerdo a su confianza en la providencia, parecía que el siervo de Dios tenía las llaves de la despensa. Los trabajos se terminaron bien* ⁵⁴.

Otro testigo afirma que, *cuando el siervo de Dios era ministro del convento de Valladolid y hacía obras; un sábado no había con qué pagar a los obreros. Este testigo fue a decírselo y él le respondió: “Dios proveerá, pues todo está a cargo del Señor”. Al poco rato vio el testigo, que era portero y sacristán que entró en la portería un hombre de buena apariencia y le dio un pañuelo con una suma de dinero. Eran doscientos reales, pidiéndole que los llevara al Superior. Y preguntándole su nombre o si era para misas, sólo le dijo que los llevara sin más. Al entrar en la celda del siervo de Dios, éste, riéndose, le dijo: “Ah, Bonifacio, cómo desconfías de Dios. ¿Ves cómo ha proveído?”. Entonces preguntó Bonifacio qué le diría al donante y el siervo de Dios le respondió: “Dile que Dios te lo pague”. Pero cuando llegó a la portería, ya no lo encontró y, preguntando a los que estaban allá, nadie lo había visto* ⁵⁵.

⁵³ Proceso de Baeza, fol 339.

⁵⁴ Sum p. 55.

⁵⁵ Sum p. 56.

En otra oportunidad, en Valladolid, quiso alargar la iglesia del convento, pero los religiosos, viendo la gran pobreza del convento, preguntaron cómo quería hacer trabajos, si sólo había diez o doce reales y, teniendo que viajar un religioso, había sido necesario hacerse prestar dinero. No obstante todo esto, al día siguiente hizo llamar a los obreros (doce o trece). Los religiosos no entendían cómo se había comprometido sin dinero. Pero a los trabajadores no les faltó ninguna semana su salario, ni al convento le faltó el sustento diario, de manera que, en poco más de un año, gastó 12.800 ducados sin empeñar el convento, que no tenía entradas. Esto el testigo lo tiene por un gran milagro que hizo el Señor por la gran confianza que el siervo de Dios tenía en su providencia⁵⁶.

EL FUEGO DEL AMOR

Era tan fuerte el amor de Dios que tenía en su corazón que con frecuencia pedía que le echaran agua fresca para refrigerarse un poco. Cuando el siervo de Dios comenzaba a hablar de cosas divinas, se encendía su rostro y se inflamaba. Él decía que deseaba morir de amor de Dios, porque era una muerte dulce⁵⁷.

A veces, hablando de cosas de Dios, se encendía tanto que pedía un vaso de agua y se retiraba a su cuarto⁵⁸.

A pesar de que en Valladolid hace mucho frío en invierno, el siervo de Dios nunca se echaba encima la colcha o manta, ni se acercaba al fuego y, si lo hacía, era sólo por hacer compañía a los demás⁵⁹.

En una oportunidad le manifestó a un testigo que jamás bebió agua que lo refrescase y la tuviere por fría. Este testigo hizo enfriar el agua con nieve cuando el padre estaba alojado en su casa, de modo que estaba fresquísima y, dándosela a beber al siervo de Dios, le preguntó si estaba fresca. Le respondió que no estaba suficientemente fresca. A este testigo le pareció que eso se debía al fuego del amor divino de que estaba encendido su pecho. Nunca le vio lamentarse de frío y nunca llevaba túnica bajo el hábito⁶⁰.

⁵⁶ Sum p. 57.

⁵⁷ Sum p. 22.

⁵⁸ Sum p. 19.

⁵⁹ Ibidem.

⁶⁰ Sum p. 18.

CAMBIO DE CORAZÓN

Uno de los fenómenos más extraordinarios de la vida de san Miguel de los Santos fue el cambio de corazones que Jesús hizo con él.

Una noche recibió la visita de Nuestro Señor y Él le cambió el corazón. Y esto se tiene por cierto, ya que desde ese tiempo el siervo de Dios parecía otro hombre. Algunos hacían la prueba y decían que no le latía el corazón ni se sentía, aunque le ponían la mano al pecho. Muchos médicos decían que no le encontraban el pulso ⁶¹.

Un testigo que lo conoció declara: *Habiendo oído que el venerable padre no tenía corazón, le puso la mano al pecho cerca de su misma carne, en la parte del corazón, y no lo sintió palpitar y, de la misma manera, le tomó el pulso cuando estaba sano, y no se lo encontró* ⁶².

Otro testigo afirma que, hablando una vez en Sevilla con la Madre Ana de Jesús, religiosa descalza de la Orden de Santísima Trinidad, ella le dijo que un día, estando en oración, se le apareció Cristo Nuestro Redentor y vio que, de la parte del costado y de la abertura de la lanza, *sacaba su Corazón* y metía otro en su lugar. Preguntándole qué significaba eso, le respondió Jesús que se sacaba el Corazón y lo cambiaba con el de su amado fray Miguel, porque lo amaba y lo quería mucho ⁶³.

ÚLTIMA ENFERMEDAD

En su última enfermedad fue a visitarle el abad Alfonso Rodríguez, Comisario del Santo Oficio, y Miguel le manifestó el deseo de ver a un hermano suyo que estaba fuera. El Comisario le aseguró que volvería algún día después de la *dominica in albis* y Miguel le contestó: *Quizás sea ya demasiado tarde* ⁶⁴.

Un religioso le preguntó, si tenía mucha sed. Respondió: *Sólo por mi Señor Jesucristo se puede padecer*. El religioso le pidió al enfermero que le enjuagase la boca, pero el siervo de Dios no quiso hasta que los médicos, reconociendo la necesidad y admirados de su paciencia, se lo ordenaron. El enfermero le daba agua para enjuagarse la boca, pero, si se olvidaba, él no se lo recordaba.

⁶¹ Sum p. 23.

⁶² Sum p. 18.

⁶³ Sum p. 27.

⁶⁴ Proceso de Valladolid, fol 90.

Un día fueron a visitarlo algunas personas importantes para recibir su última bendición. Él los bendijo con el crucifijo que tenía en las manos y les predicó para que no se dejaran engañar por las cosas pasajeras de este mundo. Ellos le besaron la mano y, no pudiendo contener sus lágrimas, salieron de la celda. El siervo de Dios hizo muchos actos de amor de Dios, deseando sufrir lo que habían sufrido todos los mártires del mundo y queriendo tener todo el amor que habían tenido todas las criaturas, haciendo actos de contrición para que Dios le perdonase todos sus pecados. Poco después de medianoche, teniendo en las manos un imagen del Santo Cristo y, elevando los ojos al cielo, con tranquilidad entregó su alma a Dios ⁶⁵.

El día en que murió vino muchísima gente de todos los estados sociales a visitar su cuerpo al convento. Su cuerpo quedó tratable y flexible hasta que fue sepultado y, todos los que podían, le besaban los pies y las manos. Otros pedían tocar su cuerpo con rosarios, telas, pañuelos u otras cosas. Vino mucha gente, a pesar del intenso frío y de estar el convento fuera de la ciudad. Algunos trataban de cortarle parte de sus vestiduras. Los religiosos y seculares que ayudaban, apenas podían contener a toda la gente ⁶⁶.

El cuerpo lo habían llevado primero a la sala de Capítulo, luego a un claustro y, después, a la iglesia, pero como mucha gente estaba fuera de la iglesia y quería verlo, tuvieron que sacarlo. Con mucho esfuerzo pudieron meterlo de nuevo para sepultarlo por la mucha fuerza que hacían para acercarse y conseguir reliquias. Algunos tuvieron que sacar las espadas y a bastonazos contener a la gente ⁶⁷.

Según un sacerdote, el mayor milagro fue que no se acordaron de cantarle ni recitarle los responsos previstos, lo que era señal de que no los necesitaba. Eran tantos los que pedían una reliquia que tuvieron que cambiarle de hábito, porque casi lo habían destrozado. Del segundo hicieron lo mismo y tuvieron que sepultarlo casi sin ropa. Apenas con ropa interior y algo más encima. En un momento dado, le salió gran cantidad de sangre líquida por la nariz y la recogieron en pañuelos que sirvieron de reliquias. Con ellos Dios hizo milagros.

Un pintor, que se llama Pedro Díez, para hacer su retrato, le abrió los ojos y vio sus ojos claros, como si estuviese vivo ⁶⁸.

⁶⁵ Sum p. 155.

⁶⁶ Sum pp. 165-166.

⁶⁷ Sum pp. 170-171.

⁶⁸ Sum p. 172.

El día 30 de abril fueron los solemnes funerales con las principales autoridades de la ciudad.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

Fueron incontables las curaciones extraordinarias, e incluso milagrosas, que Dios realizó por medio de su siervo san Miguel de los Santos después de su muerte. En los procesos, tanto ordinarios como apostólicos, se narran muchos casos de sanaciones, usando reliquias del santo, fueran pedazos de su hábito, imágenes suyas, pañuelos teñidos con su sangre, cartas escritas por él o por objetos de su uso personal.

Esteban Riera, joven de poco más de 20 años, estaba en Barcelona y se vio atacado de tabardillo, que lo puso al borde del sepulcro. El médico lo desahució. Su padre lo animó a encomendarse al padre Miguel y a que hiciese voto de proveer de medicinas a los padres trinitarios descalzos de Vich, si se curaba. Así lo hizo Esteban y quedó totalmente sano. Esto sucedió en 1653.

En la ciudad de Simancas estaba Francisco Rodríguez con una inflamación de garganta tan grande que no podía ni pasar una gota de agua. Le aplicaron un reliquia del padre Miguel y, casi de inmediato, pudo comer, beber y cesó la hinchazón exterior, quedando totalmente sano.

El padre fray Matías de la Madre de Dios depone que, viviendo en Valladolid después de la muerte del siervo de Dios, vio y experimentó que muchas personas se encomendaban a él e imploraban su favor y auxilio en sus enfermedades. Vio muchas veces en nuestro convento a gente, que publicaba a voces que el Señor las había sanado, remediado y consolado, por la intercesión y merecimientos de este ángel; e iban a visitar su sepulcro y a dar a su Majestad y a su siervo las debidas gracias por las mercedes recibidas⁶⁹.

El licenciado Sotomayor y su esposa Beatriz Interiano declaran que uno de sus hijos, llamado Jerónimo, una tarde, saliendo hacia nuestro convento, tuvo una pendencia con unos hombres, que le dieron una herida mortal en un ojo. Supieronlo los religiosos y lo metieron al convento, pero estaba privado del sentido y no podía confesarse. Por diligencias que hizo la justicia para tomarle su declaración, no fue posible que dijese cosa alguna en 18 horas que vivió. Lo encomendaron sus padres al siervo de Dios y le aplicaron una reliquia suya y

⁶⁹ José de Jesús María, o.c., p. 355.

volvió en sí sólo para confesarse y para perdonar a quien le había ofendido y dar gracias a Dios de verse en aquella santa casa y morir en ella ⁷⁰.

En el verano de 1625, en Valladolid, una niña de cuatro años, hija de María Hernández y Juan de Barrios, padeció hemorragias que le duraron unas siete semanas. Llegó a estar tan flaca, desfigurada y debilitada que juzgaron que moriría sin remedio. Un religioso le dio un pedacito de hábito del bendito padre (Miguel de los Santos) y luego, instantáneamente, cesaron las hemorragias y perseveró sana y buena. Así lo estaba a los siete años, en que los testigos depusieron lo referido⁷¹.

En Valladolid, la esposa de Diego González criaba una niña, hija suya. Un día empezó a no querer tomar el pecho, sino con mucha repugnancia. Al día siguiente no quiso tomarlo de ninguna manera. Eso hizo temer que se moriría. La madre se acordó que tenía un poquito del hábito del venerable padre Miguel e, invocando su favor, tomó la reliquia y la llevó a la boca de la niña. Al momento, la niña cambió de semblante y muy alegre se llegó a los pechos con contento y regocijo, como si no hubiera tenido mal alguno ⁷².

Un sacerdote, llamado Mosen Miguel Mas, en febrero de 1669, tuvo un gran dolor de mal de piedra que le hizo padecer seis o siete días con sus noches. Daba gritos de dolor. No podía estar tranquilo ni un momento... Se encomendó al bendito fray Miguel y mandó que llevasen un cirio a la iglesia de nuestro convento para que ardiese delante de un cuadro del siervo de Dios, que entonces había en ella. Y se quedó dormido. Al despertar después de una hora, orinó en abundancia y, de allí a poco, echó sin dolor ni sentimiento alguno la piedra, que era del tamaño de un garbanzo puntiagudo. Esto lo tuvo como claro y manifiesto milagro obrado por intercesión de este celestial varón ⁷³.

⁷⁰ Ib. p. 356.

⁷¹ Ib. p. 359.

⁷² Ib. p. 360.

⁷³ Ib. p. 362.

SUS RESTOS

El 23 de abril de 1625 lo sacaron del sepulcro y lo colocaron en una urna en el muro del lado de la epístola junto al altar mayor de la iglesia. Colocaron esta inscripción: *Aquí yace el cuerpo del venerable P. Fr. Miguel de los Santos, que fue ministro en este convento. Murió el 10 de abril de 1625.*

Su cuerpo estaba como el día que lo enterraron. Doce años más tarde, abrieron su sepulcro y hallaron su cuerpo perfectamente conservado. Después de algunos años, el convento, que estaba fuera de la ciudad de Valladolid, fue trasladado dentro de la ciudad, y allí trasladaron sus restos. Se hizo sin pompa ni solemnidad el 23 de febrero de 1671.

En 1681 se hizo un reconocimiento de sus restos. El cuerpo estaba intacto. Solamente la punta de la nariz estaba un poco estropeada. En 1764 se hizo otra traslación el 24 de abril a una iglesia nueva.

La iglesia donde estaban sus restos, con la desamortización de Mendizábal del siglo XIX pasó a pertenecer al obispado y cambió el título por el de iglesia de san Nicolás de Bari. Allí se veneran actualmente sus restos en la ciudad de Valladolid.

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

En mayo de 1780 los trinitarios descalzos de Granada celebraron con gran solemnidad la beatificación de Miguel que había tenido lugar el año anterior. Con esta ocasión, el Señor hizo muchos milagros. Uno de ellos a la Madre Vicenta Molina, dominica del monasterio de Santa Catalina de Siena de Granada. Ella tenía muchas contracciones de nervios, que no le permitían levantarse ni un momento. Se encomendó a Miguel y, de repente, se levantó sana, entendiéndose todos que era un verdadero milagro.

Para su canonización fueron aprobados dos milagros por el Comité Vaticano. Francisca Navarrete tenía un cáncer en la parte inferior de la lengua. Según los médicos Manuel Jimeno y Jenaro Aguilar: *Era claramente un cáncer auténtico y la curación solo podía verificarse milagrosamente.* A Francisca le dieron una imagen del beato Miguel y ella la clavó al pie de un cuadro de la pasión de Jesús, que tenía en la sala. Una tarde fue a la iglesia de los trinitarios descalzos y prometió que, si se curaba, andaría pidiendo limosna para hacer celebrar una misa en honor suyo y vestiría el hábito de los trinitarios hasta que fuese inservible. Además hizo una novena al beato. Parecía que no mejoraba, pero en la noche del undécimo día, estando sola, le vino la tos y salió el cáncer en

el pañuelo. Al verlo, corrió a ver a su esposo y dijo: *Mirad aquí la enfermedad de la que me he librado con la ayuda y protección del beato Miguel.* Y quedó curada milagrosamente.

El otro milagro aprobado le fue concedido al religioso Juan Bautista de la S. Trinidad, lego profeso, trinitario descalzo, que estaba tísico. Tenía 24 años y vivía en un convento de la Orden en Roma. Él dice: *Me enfermé en primavera o verano de 1829, cuando iba a recoger limosnas, expuesto a menudo al viento y a la lluvia. Tuve unas calenturas que al principio no hice caso y, más tarde, tos y un dolor en la parte izquierda del pecho con esputos sanguíneos... Oprimido por tanto mal, hacia las dos de la tarde del día tres de marzo de 1830, tomé, de encima de la mesita que está junto a mi cama, la vida de nuestro beato Miguel de los Santos, de quien había oído contar muchos prodigios... Aproximé la imagen del beato, que estaba en la primera página del libro, a mi pecho y le dije que, si me curaba, iría a mendigar para su canonización. También recé algunos padrenuestros y avemarías. Pocos minutos después, me sentí bien, me vestí y me fui a la iglesia a darle gracias. Me vieron los religiosos y se lo conté todo.*

Fray Miguel de los Santos fue beatificado el 24 de mayo de 1779 por el Papa Pío VI y canonizado por el Papa Pío IX en 1862. Su fiesta es el 8 de junio y es patrono de Vich, su ciudad natal.

REFLEXIONES

Nuestro santo estaba en continua oración a Dios y su mente estaba tan centrada en Él que fácilmente se extasiaba. Cuando subía o bajaba las escaleras solía decir en cada escalón *Jesús*. Las noches se las pasaba casi enteras en oración ante Jesús sacramentado y apenas dormía dos o tres horas cada día. También eran frecuentes sus ayunos, disciplinas y penitencias, ofreciendo sus dolores por la salvación del mundo.

Cuando predicaba, normalmente lo hacía sobre los novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria. Para hacer comprender a los oyentes que esta vida es demasiado corta y se puede romper en cualquier momento porque es muy frágil, les decía que debían estar preparados para la eternidad, no buscando afanosamente las cosas y placeres de este mundo. Muchos de ellos salían de sus sermones llorando y compungidos, cambiando de vida.

Su vida dejó una huella indeleble en las personas que lo conocieron. Los lugares donde vivió, todavía conservan su recuerdo imborrable. Y Dios, todavía en pleno siglo XXI, sigue haciendo maravillas por su intercesión.

Su pureza era tan plena que Dios le concedió la gracia de no tener los movimientos pasionales normales de nuestra condición de peregrinos de este mundo.

No es de extrañar que Jesús le cambiara su corazón por el suyo y que le concediera tantos carismas para servicio de la Iglesia y gloria de Dios.

Ojalá que su vida nos ilumine para afianzar nuestra fe, sentir la alegría de ser católicos y sentir la necesidad de compartirla con los demás.

Como conclusión, les recomiendo leer vidas de santos. Ellos nos enseñan con su propia vida el mejor camino para ir al cielo. Ellos son los que mejor han interpretado y vivido en carne propia la palabra de Dios. Ellos nos estimulan con su ejemplo y nos guían sin dudas ni tropiezos a la verdadera santidad.

